

¿QUÉ HA CAMBIADO EN LA PSIQUE Y EN LA CONDUCTA DEL VENEZOLANO?

ÁNGEL OROPEZA

Escuela de Psicología-Universidad Católica Andrés Bello
amos182@gmail.com

Resumen

El presente trabajo analiza algunos indicadores psicosociales objetivos que evidencian el impacto de condiciones sociales y políticas determinadas sobre la conducta y dinámica de relación psicológica de las personas, en el caso específico de Venezuela. Se analizan variables como la incertidumbre crónica, la frustración como emoción modal, los efectos psicológicos de la pauperización progresiva, las consecuencias psicosociales de la migración, los efectos de la violencia, los niveles de confianza, satisfacción con la vida, percepción subjetiva de bienestar, afecto negativo, control del propio futuro y transformación de los roles de la familia. Los indicadores psicosociales analizados evidencian que efectivamente ha habido un demostrable cambio en la dinámica psicológica adaptativa de los venezolanos de hoy y en su conducta, y se describen las características principales de tales cambios.

Palabras clave: Indicadores psicosociales, trauma psicosocial, cambio, conducta, psicología social.

Recibido: 03 de junio de 2022
Aceptado: 06 de octubre de 2022
Publicado: 01 de diciembre de 2022



WHAT HAS CHANGED IN THE PSYCHE AND IN THE BEHAVIOR OF THE VENEZUELAN?

ÁNGEL OROPEZA

Escuela de Psicología-Universidad Católica Andrés Bello

amos182@gmail.com

Abstract

This paper analyzes some objective psychosocial indicators that show the impact of certain social and political conditions on the behavior and dynamics of the psychological relationship of people, in the specific case of Venezuela. Variables such as chronic uncertainty, frustration, psychological effects of progressive impoverishment, psychosocial consequences of migration, the effects of violence, levels of trust, satisfaction with life, subjective perception of well-being, negative affect, control of one's own future and transformation of family roles are considered. The psychosocial indicators analyzed show that there has indeed been a demonstrable change in the adaptive psychological dynamics of today's Venezuelans and in their behavior, and the main characteristics of such changes are described.

Keywords: Psychosocial indicator, psychosocial trauma, change, behavior, social psychology.

Received: July 03, 2022

Accepted: Oct. 06, 2022

Published: Dec. 01, 2022

DOS PREMISAS INICIALES

Para aproximarnos a un tema tan complejo y multivariado como qué ha cambiado en el manejo psicológico adaptativo de los venezolanos de hoy y en su conducta, es necesario partir de dos premisas teóricas básicas que dan sustento justamente a la necesidad de analizar y responder tal pregunta.

La primera es que Venezuela ha experimentado en los últimos tres lustros un acelerado proceso de cambio en lo económico y lo político, al igual que en las condiciones de vida de sus habitantes. A pesar de ser ésta una percepción generalizada en el país –independientemente de la connotación negativa o positiva que algunos le adjudiquen a tales cambios– la demostración con cifras de esta afirmación sobrepasa el objetivo del presente trabajo. Sin embargo, existen suficientes y confiables estudios que demuestran no sólo la veracidad demostrable de esta premisa inicial, sino las características y dimensiones particulares de la misma (Pueden consultarse a este respecto las publicaciones anuales, desde el año 2014 hasta el presente, de la “Encuesta nacional de condiciones de vida” –ENCOVI– en la página web de la Universidad Católica Andrés Bello, www.ucab.edu.ve).

La segunda premisa es que como sujetos bio-psico-sociales, es una ingenuidad pensar que ese proceso de cambios en lo económico, en lo político y en lo social no afecta la forma en que los venezolanos perciben, sienten y se comportan. Lo cierto es que contrario a los defensores de la inmutabilidad psicológica, si el país ha sufrido enormes transformaciones es iluso pensar que la psicología de sus habitantes no lo ha hecho. Sobre todo porque la Psicología social nos ha demostrado cómo la conducta social es el resultado de la interacción sistémica entre procesos psicológicos individuales y procesos sociales.

ALGUNAS PRECISIONES METODOLÓGICAS

La afectación de modelos políticos y sociales sobre la psiquis y la conducta humana puede estar presente en personas bajo cualquier modalidad de dominación política. Pero son variables claves diferenciadoras aquí la magnitud, la dimensión, la generalización y el tamaño del impacto. De hecho, la posibilidad de afectar negativamente procesos psicológicos de las poblaciones bajo su dominio no es exclusiva de determinados regímenes políticos (desde el comunismo de extrema izquierda hasta el neoliberalismo radical de extrema derecha).

No obstante lo anterior, el venezolano del 2021, que es sobre quien trata el presente trabajo, no ha vivido los últimos lustros bajo “cualquier modelo” sino bajo uno específico, con nombre y apellido, con objetivos explícitos declarados, más allá –de nuevo– de la calificación valorativa que se asigne a tales objetivos. Este modelo de dominación política ha proclamado reiteradamente desde sus inicios a través de sus principales voceros que uno de sus objetivos centrales era la creación de un “hombre nuevo”:

“La construcción de un modelo socialista viene acompañada de una transformación, de manera estructural, de todo el cuerpo que sustenta una nueva sociedad, y debe existir un equilibrio entre la praxis y la teoría revolucionaria para que los antiguos vicios que provengan del antiguo modelo social no invadan y afecten el nacimiento de la nueva sociedad, es decir, la génesis del ‘hombre nuevo’” (Hugo Chávez, Programa Aló Presidente No. 268, 27 de febrero de 2007). Pasados ya varios lustros desde la instauración de este modelo político con este objetivo central, es tiempo ahora de preguntarse: ¿cuál ha sido el resultado concreto de esta afectación concreta?

Finalmente, una última precisión metodológica tiene que ver con la necesidad de establecer en lo posible criterios de comparación objetivos. Si estamos hablando de qué ha cambiado en la psicología del venezolano promedio, lo primero es decir desde cuándo. En consecuencia, hay que hacer siempre la comparación de los datos que se presenten con una línea base o pre-test, para poder hablar con propiedad demostrativa de cambio o de no cambio en los indicadores a considerar.

ALGUNOS CONCEPTOS QUE SE HAN UTILIZADO PARA ABORDAR EL PROBLEMA DE LA AFECTACIÓN PSICOLÓGICA DE MODELOS POLÍTICOS

La preocupación por el problema de la relación de afectación de ciertas modalidades políticas de dominio sobre la psicología, la conducta y las relaciones sociales de las poblaciones bajo su poder no es nueva y ha sido de hecho abordada desde varias perspectivas y autores. Quizá uno de los más conocidos es el concepto de “trauma psicosocial” del psicólogo y sacerdote Ignacio Martín-Baró. En Medicina, se habla de trauma para referirse a lesiones, heridas o daños que dejan una secuela relativamente permanente en un cuerpo. En Psicología, el concepto de trauma describe una experiencia o vivencia provocada por algún acontecimiento perjudicial o nocivo que afecta de tal manera al individuo que le produce una huella o efecto negativo duradero o al menos difícil de superar. A partir de esa concepción original, Martín-Baró propuso el concepto de “trauma psicosocial” para referirse al

impacto dañino que tienen entornos hostiles crónicos (como los propios de las guerras o las crisis económicas severas) sobre las personas y sus relaciones sociales. Él mismo las define (1990) como “la cristalización, o materialización, en los individuos de unas relaciones sociales aberrantes y deshumanizadoras” (p. 236), pudiendo ser “una consecuencia normal de un sistema social basado en relaciones sociales de explotación y opresión ... el trauma psicosocial puede ser parte de una “normal anormalidad” social” (Martín-Baró, 2003, p. 295). En este sentido, el trauma psicosocial se puede definir como un proceso histórico que afecta a toda o una mayoría de la población –la traumatiza– y perturba profundamente sus relaciones de convivencia.

Otro concepto que intenta identificar la magnitud nociva de la intervención de modelos de gobierno en las relaciones sociales y la psiquis de los habitantes de un país es el llamado “daño antropológico”. Autores como los cubanos Dagoberto Valdez y Raúl Fornet Betancourt se han referido a este fenómeno de daño antropológico cuando además del deterioro en los órdenes social, político y cultural existe, fundamentalmente, un daño a la condición humana como tal. De hecho uno de sus más conocidos voceros, el también ensayista cubano Luis Aguilar León, en su obra “Reflexiones sobre Cuba y su futuro” (2003), menciona seis categorías o tipos específicos de daños antropológicos, a saber) 1) El servilismo o la construcción de un sujeto servil, 2) El miedo a la represión, 3) El miedo al cambio, 4) La falta de voluntad política y de responsabilidad cívica, 5) La desesperanza, el desarraigo y el exilio dentro del país (insilio) y 6) La crisis ética.

Otros dos conceptos relacionados con los anteriores son los de “sufrimiento ético-político” de la investigadora brasileña Bader Burihan Sawaia (2018), quien con esta definición hace referencia al dolor físico y emocional, evitable desde el punto de vista social, pues es infringido por leyes y formas de gobierno a los sujetos sociales, y el concepto de “dolor país” de la psicoanalista argentina Silvia Bleichmar, para quien este “dolor país” se mide por una ecuación: “la relación entre la cuota diaria de sufrimiento que se le demanda a sus habitantes y la insensibilidad profunda de quienes son responsables de buscar una salida menos cruenta” (2002).

Finalmente, un último concepto que es importante mencionar para ilustrar esta preocupación de la psicología y de las ciencias sociales en general por la afectación e impacto que ejercen modelos de dominación política y situaciones sociales y económicas sobre los procesos psicológicos y conducta de las personas, es el de “vulnerabilidad psicosocial”. Éste es un concepto

“paraguas” que se ha definido, de manera muy genérica, como el conjunto de factores de índole individual y del sistema de relaciones sociales que modulan las reacciones conductuales de las personas ante el entorno, especialmente ante entornos hostiles o difíciles. También se ha asociado con condiciones que afectan o influyen en la probabilidad de sufrir problemas de salud y propensión a síntomas que van desde sentimientos de apatía, abulia, depresión, resignación o conformismo, hasta manifestaciones somáticas y alteraciones del sistema inmunológico.

Lo importante hasta aquí es, de nuevo, resaltar que el estudio de cómo afectan regímenes políticos y sociales la conducta y la psicología de las personas no es nuevo, y ha sido abordado por diferentes autores y desde distintas perspectivas.

A continuación se presentarán para el análisis y la discusión algunos indicadores psicosociales objetivos que evidencian este impacto de condiciones sociales y políticas determinadas sobre la conducta y dinámica de relación psicológica de las personas, esta vez en el caso específico de Venezuela. La recurrencia a estos indicadores psicosociales permitirá el tratar de huir en la medida de lo posible de la tentación de los análisis meramente opináticos al acercarnos a este fenómeno, convencidos como estamos que una discusión subjetiva basada en lo que a cada uno le parezca no conduce a mucho. En este sentido, el presente trabajo empleando una investigación documental, tratará de basar el análisis en indicadores que puedan demostrar o no si en verdad ha habido un cambio en la psicología de los venezolanos, y de haberlo cuáles son al menos algunas de las características de este cambio.

1. CONSECUENCIAS PSICOLÓGICAS DE LA INCERTIDUMBRE CRÓNICA

Una revisión de los principales estudios de opinión pública recientes en Venezuela, tales como More Consulting (noviembre 2020), Delphos (julio 2021), Varianzas (junio 2021) y Datanálisis (julio 2020) arroja que ante la pregunta sobre el estado de ánimo que reportan sentir las personas en la actual coyuntura, los dos rasgos modales son la crónica incertidumbre y una alta frustración.

La incertidumbre crónica –la sensación generalizada y continua de desconocimiento sobre lo que ocurrirá en el futuro– suele generar algunos efectos psicológicos tales como dificultad para planificar, confusión, desazón e incomodidad, frustración, distress y angustia. Y cuando la incertidumbre se cronifica, como lo registran los estudios de opinión pública en Venezuela,

suelen producirse varios tipos de respuestas conductuales frente a ella. Entre estas consecuencias sociales destacan aumento de las enfermedades de origen nervioso, incremento en el porcentaje de personas que expresan su deseo de huir del país, o en su defecto aislarse de la realidad y huir hacia adentro (insilio), elevación en los niveles de cinismo, y un registrado aumento en la aparición de sectas y movimientos de escapes espiritualistas. Pero una de las consecuencias más perniciosas asociadas con altos y crónicos niveles de incertidumbre es la notoria elevación de las tasas de suicidio.

La tasa de suicidios en Venezuela para 1999 era de apenas 4 por cada 100.000 habitantes. Esta tasa se elevó de manera notoria, al punto que para 2018 cerró en 9,7 por cada cien mil personas, la tasa más alta en los últimos 30 años. (Informe 2019 del Observatorio venezolano de violencia) De hecho, entre 2010 y 2015 la tasa aumentó 81%, mientras que de 2015 a 2018 el incremento en la tasa de suicidios fue de 155%.

Si la comparación con una línea base cronológica arroja un contraste notoriamente negativo, la comparación con los pares de otros países es igualmente reveladora. Mientras Venezuela, como se acaba de ver, alcanzaba una tasa de suicidios de casi 10 por cada cien mil habitantes para 2018, la tasa promedio en América Latina es de 4 por cada 100 mil personas. Venezuela es hoy, según la Organización Mundial de la Salud (OMS, 2019), el país con la más alta tasa de suicidios de Latinoamérica, y sólo superado en este rubro por 17 países del planeta.

La relación entre este aumento notable en la tasa de suicidios y las contingencias de entorno político-social venezolano han sido ampliamente estudiadas. Así, por ejemplo, en un extenso estudio sobre el tema titulado “Una aproximación al estudio del suicidio en Venezuela”, sus autores concluyen que “el incremento de los suicidios parece responder a una decisión y una manera de reaccionar frente al marco social de la crisis humanitaria. Esta última ha generado que cada día más venezolanos sean violentos con ellos mismos y se ocasionen lesiones autoinfligidas que en muchos casos los llevan a consumir el suicidio. En otras palabras, el suicidio se ha convertido en una “válvula de escape” para muchos venezolanos que viven y padecen la profunda crisis actual del país.” (Páez et al, 2021, pág. 108). Igualmente, para otros, “la falta de alimentos, medicamentos, de dinero está llevando a la población al colapso. Para muchos, el suicidio se está viendo como la salida a lo que se está viviendo (Belinda Labrador, Latin American Post, 3 de julio 2018). Y para el sociólogo Roberto Briceño León, director del Observatorio

Venezolano de Violencia, el alza desmedida de las tasas de suicidio “son producto de la incertidumbre y de la desesperanza en la cual está sumida la población venezolana en la actualidad” (Informe del OVV, 2019).

2. FRUSTRACIÓN COMO EMOCIÓN MODAL

Como se afirmó más arriba, el otro rasgo de mayor frecuencia de aparición en los estudios recientes de opinión pública es la frustración. La frustración es una respuesta emocional aversiva ante la interrupción o imposibilidad de alcanzar una meta. Se le asocia con el aumento de conductas autolesivas y también con un aumento de la agresividad.

Las investigaciones sobre la relación entre frustración y agresividad en psicología son de vieja data. El primero en estudiar este fenómeno fue Dollard, quien en su clásico libro “Frustration and aggression” (Dollard et al, 1939), expuso la tesis de que toda frustración conduce a una agresión, y que toda conducta agresiva tiene un antecedente causal de frustración. Según Dollard y sus colaboradores, la agresión siempre estaría precedida de frustración y la frustración llevaría necesariamente a la agresión. Esta explicación fue posteriormente corregida por autores como Berkowitz (1989), quien propuso que la relación entre frustración y agresión era indirecta, y que había dos mecanismos que median entre la frustración y la conducta agresiva: uno es la activación o arousal que provoca la frustración, y el otro es el llamado afecto negativo. Así, según Berkowitz, la frustración no conduce de forma inevitable a la agresión, sino que la primera aporta energía o un estado de activación fisiológica y emocional para la realización de las acciones que son más probables en cada persona dependiendo de su historia personal de aprendizaje, entre las cuales puede (o puede no estar) la agresión.

Lo cierto es que la combinación de altos niveles de frustración como el que registran los estudios de opinión pública, aunado a un sesgo atributivo causal hacia la externalidad preponderante en gran parte de la población venezolana (Oropeza, 2002), actúa en algunas personas como la variable mediadora que conduce la activación de una situación social frustrante, en vez de hacia otras conductas socialmente aceptables, hacia un aumento de la probabilidad de conductas agresivas, que es lo que, como se verá más adelante, registran los estudios recientes en Venezuela. En otras palabras, el fenómeno de la agresividad y la violencia –que es por concepto un fenómeno multicausal– entre sus variables causales hay que incluir además de los factores del entorno, esta combinación entre altos niveles de frustración y un sesgo atributivo orientado a la externalidad.

3. CONSECUENCIAS PSICOLÓGICAS DE LA PAUPERIZACIÓN PROGRESIVA

En la actualidad, y medido según el ingreso económico de las familias, Venezuela registra un nivel de pobreza de 96,2% de los hogares, y de un 79.3% de pobreza extrema, entendiendo por esta última cuando se carecen de los recursos económicos mínimos para adquirir la llamada canasta alimentaria (Informe Encovi, 2020-2021). En otras palabras, 79.3% de las familias venezolanas no tienen cómo cubrir la canasta básica de alimentos.

Desde el punto de vista comparativo cronológico, el porcentaje de hogares debajo de la línea de pobreza se mantuvo, según las cifras de Encovi, en un promedio alrededor de 35% y de 12% de pobreza extrema entre 2005 y 2013. A partir de 2014, estos porcentajes de pobreza comenzaron a subir de manera notoria (47% en 2014, 60% en 2015, 82% en 2016, 92,3% en 2017, 92,6% en 2018 y 96,2% en 2019). Para este último año, el ingreso promedio diario de los venezolanos alcanzaba escasamente US\$ 0,72, cuando según la ONU el límite a partir del cual se califica a una persona de estar bajo la línea de pobreza es US\$ 3,2 diarios y de US\$ 1,9 para el caso de pobreza extrema. Y desde el punto de vista comparativo regional, Venezuela no es sólo para 2019 el país de mayor pobreza de ingreso del continente, sino que sus niveles de pobreza se comparan con los países más pobres del mundo y de mayor inestabilidad política, tales como Nigeria (77,6%), Chad (66,5%), Congo (61,3%), Zimbawe (61%), Yemen (52,2%), Haití (49,9%), Sudán (45%) y Camerún (44,7%).

Estos datos que ilustran el fenómeno de la pauperización progresiva de su población que ha sufrido Venezuela desde finales de 2013, debe acompañarse por otro que permite evidenciar la configuración de unas condiciones de entorno hostiles, y es el referido a la desigualdad social.

El indicador más común y conocido para determinar la desigualdad de un país es el conocido Coeficiente de Gini, que mide, en valores que van de 0 a 1, la distribución de los ingresos de una nación en proporción a su población. De acuerdo con este índice, un valor de 0 representaría que los ingresos y el consumo están perfectamente distribuidos por igual entre toda la población, mientras que un valor de 1 describiría una situación de extrema inequidad, donde una sola persona se queda con toda la riqueza de un país. En otras palabras, mientras más bajo (tendiente a cero) el índice, menor desigualdad existe. Por el contrario, un valor elevado del coeficiente es síntoma de brecha y desigualdad social.

Generalmente se reconoce que un índice de Gini mayor a 0.40 en un país es causal de preocupación y alarma, porque evidencia que la distancia entre ricos y pobres se profundiza y la cohesión social puede resquebrajarse ante tan injusta distribución de la riqueza.

Sin contar a Venezuela, y según datos de la CEPAL (2020), para 2019 el índice de Gini en nuestro continente se ubicaba entre un extremo de 0.51 que poseía Brasil hasta un 0,39 de Uruguay. Pues bien, en Venezuela el índice de Gini en la actualidad (con datos de Encovi 2019) alcanza 0.57, lo que ubica a nuestro país como el de mayor desigualdad social de todo el continente. En consecuencia, hoy en Venezuela apenas el 7% de la población se queda con 54% del ingreso nacional.

Pero al lado de resaltar estos datos objetivos sobre la pobreza en Venezuela, es importante también destacar las consecuencias psicosociales de esta pauperización y desigualdad social progresivas. De hecho, los hallazgos más recientes en esta área han sugerido que existe una relación directa entre vivir en pobreza y el desarrollo o presencia de ciertas características psicológicas, entre ellas diferencias individuales (rasgos de personalidad, propensión a enfermedades mentales, diferencias en inteligencia y habilidades específicas) y diferencias en el desarrollo del lenguaje, en la adquisición de nuevos conceptos y en la motivación, entre otras variables.

La pobreza no es entonces sólo un dato sociológico, sino que además es un elemento que participa en la explicación multicausal de varios de los problemas psicosociales que se registran hoy en día en Venezuela, como la deserción escolar, la desnutrición y disminución en la talla infantil, el aumento en la mortalidad materna e infantil y la alta migración (Encovi 2019), por citar sólo algunos de los más notorios. Pero hay una consecuencia que es necesario resaltar de manera particular, y tiene que ver con las deficiencias alimenticias crónicas de los venezolanos.

Según los datos de Encovi, en Venezuela hoy 74% de los hogares tienen un nivel de inseguridad alimentaria entre moderada y severa. Pero, más preocupante aún, el promedio nacional de ingesta diaria de calorías coloca al país en el límite de la llamada “pobreza biológica” según los estándares internacionales. Y si esto es de suyo grave, más alarmante todavía es el dato del consumo de proteínas. El requerimiento mundialmente establecido es de 51 gramos al día. Pues bien, el promedio nacional de consumo diario de proteínas es de apenas 17,9 gramos. Estos valores, al igual que los de desnutrición crónica, nos ubican en un nivel comparativo similar

al de países como Camerún, Nigeria y el Congo. Pero lo peor es que las secuelas a largo plazo de los actuales estados nutricionales de Venezuela, en términos de desarrollo físico y cognitivo de las personas, pueden resultar irreversibles, especialmente a la luz de las más recientes investigaciones sobre el subconsumo de proteínas y sus secuelas en el funcionamiento biológico y psicológico de las personas.

4. CONSECUENCIAS PSICOSOCIALES DE LA MIGRACIÓN

El tamaño y características de la altísima migración venezolana de los últimos años han sido ampliamente estudiadas desde varias perspectivas y sobrepasa el objetivo de este trabajo. Pero es importante poner el acento en esta oportunidad en dos de sus consecuencias psicosociales de mayor impacto.

La alta migración de los últimos años (según Acnur, un poco más de 5 millones de venezolanos – 17,9% de la población total estimada para 2019– se han visto obligados a huir del país) ha representado un enorme daño emocional con sus múltiples consecuencias sobre la psiquis colectiva, y con su secuela de familias fracturadas, hogares destruidos y niños en situación de abandono. Según Cecodap (2020), el número de niños que son dejados por sus padres a cargo de otras personas ante la necesidad de emigrar ya supera el millón. De estos niños, 78% muestra cambios en su comportamiento, bajo rendimiento escolar, llanto fácil, desánimo, irritabilidad y sensación de abandono. Los efectos de este impacto en términos psicológicos y culturales son inmensos. Pero el daño estructural al desarrollo social y económico del país va todavía más allá.

Según el INE (Instituto nacional de estadística), la proyección poblacional de Venezuela para el año 2020 –según los datos del Censo del 2011– alcanzaba la cifra de 32,6 millones de personas. Esa era la población que debía tener Venezuela para ese año. Sin embargo, la proyección de la ONU para ese 2020 corrigió la estimación y ubicó la cifra en 28,4 millones de habitantes, es decir, 4 millones doscientos mil venezolanos menos. Y no sólo es grave la disminución neta de la población, sino que la merma poblacional ha ocurrido en el segmento etario entre los 18 y los 30 años de edad.

Como consecuencia directa de lo anterior, Venezuela ya perdió la valiosa ventaja para el desarrollo que significaba el llamado “bono demográfico”, que es el período donde en un país la población económicamente activa (que se ubica generalmente entre los 15 y los 60 años de edad) supera en cantidad a las personas económicamente dependientes. Esta es una situación ideal

para el desarrollo de una nación, entre otras cosas porque es un período en el cual, al inclinarse la balanza hacia las personas que están trabajando, se puede generar mayor ahorro e inversión en el país, recaudar más tributos para la inversión social, aumentar la tasa de crecimiento económico y mantener baja la presión económica que significa la manutención de las personas dependientes y la administración de programas de jubilación y seguridad social.

Hace dos décadas se señalaba que esta situación de bono demográfico –que se vive muy pocas veces en la historia de una nación– significaba una inmensa ventaja comparativa con la que contaba Venezuela, y una envidiable herramienta para apalancar su desarrollo. Se hablaba de la posibilidad cierta de seguir el ejemplo de los llamados “tigres asiáticos” de la década de los 90 –Hong Kong, Taiwán, Corea del Sur y Singapur– que aprovecharon exitosamente su bono demográfico. Según las proyecciones del INE, y producto de una transición demográfica “normal”, donde la pirámide poblacional va cambiando con el tiempo, este valioso bono demográfico nos acompañaría hasta el año 2050. Lo cierto es que ya para 2020 esa inmensa ventaja comparativa se perdió.

Hoy, producto de la altísima migración, del impacto de la delincuencia (en Venezuela más del 70% de los homicidios se comete contra jóvenes menores de 25 años, al punto que la principal causa de muerte en jóvenes en el país es justamente el asesinato, lo que ubica a Venezuela como el país más peligroso del mundo para personas entre 10 y 25 años de edad), de la disminución del aparato productivo y empleador, y del deterioro de los servicios e instituciones de educación y salud, la población joven venezolana disminuyó tan ostensiblemente que el país perdió ya el bono demográfico. Este envejecimiento prematuro de la población venezolana significa, entre otras cosas, mayores problemas sociales relacionados con la tercera edad (especialmente atención alimentaria y de salud), mayor presión fiscal sobre el Estado, menor capacidad de generación de riqueza y reducción de la población. Adicionalmente, las personas que reportan déficit de familiares que le apoyen emocionalmente, son más propensos a episodios de morbilidad y a respuestas inadecuadas ante el entorno.

5. EFECTOS PSICOSOCIALES DE LA VIOLENCIA

Según el informe anual 2020 del Observatorio venezolano de violencia, en ese año se registraron en el país 11.891 fallecimientos por causas violentas

(4.153 homicidios, 4.231 personas asesinadas por “resistencia a la autoridad” y 3.507 muertes en averiguación). Ese número se traduce en una tasa de 45.6 muertes violentas por cada cien mil habitantes. Para tener dos datos comparativos que permitan percibir la magnitud relativa de esta cifra, para el mismo 2020 la tasa mundial de homicidios es de 6 por cada 100.000 habitantes, y para Venezuela esa tasa en 1998 alcanzaba sólo 20 por cada cien mil personas.

Además del impacto nocivo que significa vivir en un entorno de tan alta peligrosidad física, que incluye la modificación de hábitos personales y de convivencia social, así como la adaptación a conductas y costumbres que sirvan para reducir el riesgo a ser víctimas de la violencia, las personas que han sufrido determinados sucesos en la vida tales como la pérdida súbita de familiares queridos, experiencias de violencia, eventos traumáticos y otros similares, tienden a padecer de mayor número de enfermedades y problemas de salud, y a presentar mayor probabilidad de desajustes en sus reacciones ante el entorno.

6. NIVELES DE CONFIANZA

Los indicadores de confianza interpersonal para América Latina han sido históricamente bajos, siendo la región del planeta que muestra los porcentajes más reducidos. Según el informe de Latinobarómetro “La confianza en América Latina 1995-2015”, de cada 10 personas ocho no confían en el otro. Cuando se compara este indicador con los países nórdicos, se observa que la relación se invierte, al punto que en esos países de cada 10 personas ocho afirman confiar en el “otro”.

Para el caso de Venezuela, la confianza interpersonal muestra valores aún más bajos que Latinoamérica en su conjunto. Así, mientras la región tuvo un promedio de 17% para el período 1996-2015, la confianza interpersonal y hacia las instituciones se ubicó en Venezuela en 15% para el mismo lapso (Informe Latinobarómetro 2015). Para el año 2017, de acuerdo a las mediciones de Latinobarómetro, la confianza interpersonal tuvo un descenso en el promedio regional cayendo a 14%, bajando aún más para el caso venezolano ubicándose en 9%, lo que coloca al país entre las naciones que muestran el porcentaje más bajo en este indicador.

Latinobarometro Venezuela / Medición de Confianza:

Pregunta: ¿Se puede confiar en la mayoría de las personas?:

<i>Año</i>	<i>Sí se puede confiar</i>	<i>No, no se puede confiar</i>
2013	21,2%	75%
2015	14,6%	84,1%
2016	14,4%	84,8%
2017	8,9%	89,6%
2018	7,9%	90,8%

Fuente: Informes anuales Latinobarómetro.

A juicio de autores como Juan Carlos Rey (1989) la baja confianza interpersonal condiciona la forma de percibir a la sociedad civil y al Estado por parte de los ciudadanos, y por tanto, incide sobre la viabilidad de una auténtica sociedad participativa. Para autores como Inglehart (1990) y Fukuyama (1995), la confianza interpersonal es un factor actitudinal clave para el mantenimiento de una democracia estable.

Además de lo anterior, hay una relación entre alta desconfianza y aceptación de autoritarismo. Ello debido a que la reducción de la confianza en una sociedad obliga a requerir, como compensación, medidas más invasivas, tutelares e intervencionistas por parte de la autoridad para regular las relaciones y asegurar el funcionamiento social. Así, la poca confianza que el venezolano tiene hacia los demás le lleva con facilidad a aceptar que la única forma que las cosas funcionen es “poniendo orden” o “metiendo en cintura”, lo que por lo general significa que alguien desde arriba vigile y controle que los demás hagan lo que considera son incapaces de realizar por ellos mismos, dada precisamente la bajísima confianza interpersonal.

7. SATISFACCIÓN CON LA VIDA

El llamado “índice de satisfacción con la vida” es un indicador estadístico creado por Adrian G. White, un psicólogo social de la Universidad de Leicester en Inglaterra, y es uno de los mejores predictores, tanto de algunas enfermedades (especialmente circulatorias) como de episodios de indefensión y vulnerabilidad ante situaciones difíciles del entorno. Los grados de satisfacción subjetiva con la vida en América Latina son en promedio más altos que el resto del mundo desde hace décadas. De hecho, para el año

2018, 73% de la población latinoamericana declaraba estar satisfechos con su vida. Sin embargo, el país del continente que más ha perdido satisfacción de vida es Venezuela, que pasa de un 87% en 2009 a 65% en 2018, siendo la caída más aguda de toda la región (Informe anual Latinobarómetro 2018). Hoy, en comparación con sus pares latinoamericanos, los venezolanos son quienes menor satisfacción con la vida manifiestan tener.

8. PERCEPCIÓN SUBJETIVA DE BIENESTAR

Otro indicador muy conocido es la percepción subjetiva de bienestar personal (subjective well-being). El indicador se mide a través de preguntas como “Por favor imagine una escalera, con los peldaños numerados desde 0 el más bajo hasta 10 en el *último* de arriba. El peldaño más alto representa la mejor vida posible para usted, y el peldaño más bajo representa la peor vida posible para usted. ¿En cuál de los peldaños de la escalera usted diría que se siente estar en este momento?” (Gallup World Poll, GWP, 2017-2019)

En el año 2013, Venezuela ocupaba el puesto 25 de un total de 178 países de la muestra estudiada. En la medición 2017-2019 del Gallup World Poll, el país baja al puesto 99 de 153 evaluados. La medición de la magnitud de la caída o deterioro de este indicador (desde 2008 hasta 2019) ubica a Venezuela en el último lugar (149 de 149 países). En otras palabras, ninguna población del planeta –ni siquiera las que han sufrido conflictos bélicos o desastres naturales– ha perdido más en lo que es la percepción de sus habitantes sobre su propio bienestar y el de sus familias que los venezolanos.

9. AFECTO NEGATIVO

El llamado “afecto negativo” es un indicador de 3 mediciones de estados anímicos, a saber, preocupación, rabia y tristeza. Para el año 2019 Venezuela ocupaba el puesto 33 de 153 países estudiados (Gallup World Poll, GWP, 2017-2019). Pareciera una buena noticia, salvo que mientras más hacia 1 esté el país, más negativo el indicador. Así que la población venezolana no sólo se encuentra entre las de mayor afecto negativo del mundo, sino que además desde 2012 hasta 2019 Venezuela es el noveno país del planeta entre los que sufrieron mayor deterioro en este índice, siendo superado sólo por la República Central Africana, Nigeria, Chad, Mali, Benín, Ruanda, Costa de Marfil y Zambia. A la hora de evaluar el estado anímico de los venezolanos en lo que se refiere a sus grados de preocupación, rabia y tristeza, esos son hoy sus pares referentes.

10. CONTROL DEL DESTINO O CONTROL DEL PROPIO FUTURO

El llamado “índice de control sobre el propio destino (o control personal sobre el futuro)” mide el grado en que la persona percibe el control que tiene sobre su propio futuro y los acontecimientos por venir, así como la percepción subjetiva de libertad para escoger qué hacer en su vida. Tiene una fuerte relación con la morbilidad física y psicológica, y con la calidad o naturaleza de las respuestas ante entornos hostiles. De hecho, es uno de los factores claves de riesgo cuando se evalúa la vulnerabilidad psicosocial de una persona o de una población. En la medición del año 2019 (Gallup World Poll, GWP, 2017-2019). Venezuela ocupa el puesto 139 de 152 países estudiados. Sólo los habitantes de Turquía, Yemen, Tunisia, Chad, Madagascar, Mauritania, Líbano, Islas Comoras, Grecia, Haití, Algeria, Sudán y Afganistán (que ocupa el 1er lugar) sienten menos control sobre sus propias vidas que lo que afirman sentir los venezolanos.

11. LA TRANSFORMACIÓN DE LOS ROLES DE LA FAMILIA

Una de las características psicosociales más resaltantes de los venezolanos, es su apego a la familia. Los Estudios Mundiales de Valores (estudios sobre Cultura Política realizados en más de 70 países) han identificado a Venezuela como una de las naciones con los niveles más altos de afecto y dependencia hacia la familia (USB y LUZ, 2000) Las familias son inseparables del venezolano, y los venezolanos no se conciben a sí mismos sino en una familia, más allá de las características peculiares –y para nada tradicionales– de la morfología familiar criolla.

Sin embargo, el rasgo más relevante que caracteriza a la familia venezolana en la actualidad, y que la diferencia de los perfiles de familia típicos de otros países, es la multiplicidad de funciones que con el tiempo se le han venido asignando, y las cargas de responsabilidad que progresivamente se ha visto obligada a asumir (Encovi 2019-2020). Repasemos sólo unos cuantos ejemplos de la cotidianidad actual venezolana.

Cuando un venezolano sufre de algún apuro económico, ¿quién suele ser la instancia de auxilio financiero más cercana e inmediata? La familia. Cuando un venezolano se enferma, ¿a quién suele acudir en busca de cuidado? A su familia. Cuando alguien en Venezuela se queda sin empleo, ¿a quién recurre para que le ayude mientras consigue otro? A su familia. Cuando las madres necesitan salir a trabajar para llevar el sustento a la

casa, ¿quién se ocupa de los muchachos? Pues las abuelas u otras de las mujeres de la familia. Igual ocurre si algún miembro del hogar sufre alguna discapacidad física o mental, o está inhabilitado por razones de edad o de enfermedad. Cuando a alguien en Venezuela se le cae o se le inunda la casa, la única forma de librarse de la tragedia de los refugios, es si cuenta con algún familiar que le dé cobijo. Y cuando un venezolano tiene un accidente, o cae en una enfermedad que requiera un tratamiento costoso, ¿quiénes son los primeros en socorrerle o en buscar cubrir esos gastos? Pues otros miembros de la familia. Incluso los altísimos niveles de violencia e inseguridad en el país, que han obligado a muchas personas a encerrarse en sus casas, han hecho de la familia el lugar privilegiado de recreación y entretenimiento. Así, como lo señala el sociólogo Luis Pedro España (2015), la familia se ha convertido en la escuela, la farmacia, la agencia de empleo, el centro de salud, el centro de cuidado para niños, enfermos y ancianos, el sistema de seguridad y hasta el principal lugar de recreación. Pero, ¿por qué ocurre esto?

La familia venezolana de hoy se ha visto obligada a cumplir con esta larga lista de responsabilidades y funciones, por el descuido del Estado en encargarse de esas tareas. En otras palabras, el Estado venezolano actual ha dejado sola a la familia, y la ha abandonado a su propia suerte. Hoy, 4 de cada 10 jóvenes no asisten al bachillerato, y un tercio de quienes lo hacen van a abandonar la escuela antes de cumplir los 16 años; más de la mitad de la pensión de las personas de la tercera edad se va en la compra de medicinas necesarias para mantener su salud; sólo 60% de los menores de 6 años tienen posibilidades de atenderse en centros de cuidado infantil; tenemos los niveles más altos de embarazo adolescentes de Sur América; el 40% de los niños entre 3 y 6 años no asiste al pre-escolar; al menos 30% de los menores de 3 años necesitan protección alimentaria y de salud; y casi 25 % de los niños entre 2 y 14 años presentan en Venezuela algún grado de desnutrición importante (Encovi 2019-2020).

En síntesis, los problemas de educación, salud, protección, cuidado y seguridad que presenta la coyuntura son tan grandes que frente a ellos lo único que tiene el venezolano hoy es a su propia familia. Por esta sobrecarga de funciones, la familia se ha visto obligada a descuidar a su función primordial, que es la de ser el sustento afectivo de los venezolanos, y proveerles de una estabilidad psicológica y social que muchas familias hoy no pueden brindar a sus miembros, no porque no quieran, sino porque no pueden.

Llegados aquí, y dado que los indicadores psicosociales presentados hasta ahora dan cuenta del impacto perjudicial comparativo que las condiciones políticas, económicas y sociales imperantes en Venezuela han generado en la conducta y los procesos psicológicos de gran parte de la población, cabría la pregunta si todos los cambios observados son negativos. Ciertamente no. Y para efectos de ilustración, es importante mencionar al menos dos.

El primero tiene que ver con las cifras de sentimientos de esperanza. La revisión de los más recientes estudios de opinión pública (More Consulting, noviembre 2020; Delphos, julio 2021; Varianzas, junio 2021 y Datanálisis, julio 2020) arroja que en promedio, más del 80% de la población ve mal la situación del país y 79% en promedio quiere un cambio en las condiciones políticas, económicas y sociales actuales. Alrededor de 64% en promedio tiene esperanza que ese cambio ocurra, aunque no sabe muy bien ni cómo ni cuándo. Y la mayoría de ese porcentaje desearía que el cambio ocurriera por elecciones o por algún tipo de negociación política.

Lo importante de los datos anteriores es que hablan de una mayoría de la población que a pesar de reconocer y sufrir los impactos adversos de un macro entorno hostil, no han caído en la resignación –al menos todavía– de aceptar tal situación como inevitable y de renunciar subjetivamente a la posibilidad que tal entorno cambie sus características.

Y el otro dato es el referido al llamado “soporte social”. Este es un indicador de la percepción de una persona de tener con quién contar en situaciones problemáticas o difíciles. Según los datos de Gallup World Poll (GWP, 2017-2019), Venezuela ocupa el puesto 48 de 153 países, y es de hecho donde mejor puntúa el país entre todos los indicadores del GWP. Este indicador positivo no sólo es una evidencia parcial de la sensación de solidaridad social que reportan muchos venezolanos al describirse a sí mismos como población, sino que viene a reforzar el argumento descrito anteriormente en cuanto a que el venezolano percibe que ante las dificultades, con lo que realmente cuenta es con su familia.

¿ESTO ES REVERSIBLE?

Ante algunos de los indicadores psicosociales mencionados en este trabajo, algunos podrían preguntar si el daño por ellos evidenciado es reversible. Por supuesto, algunas lesiones y traumas psicosociales son más difíciles de sanar que otros. Sin embargo, es necesario subrayar que estas afecciones han sido

generadas por un entorno político hostil, o —en lenguaje psicológico— han sido “aprendidas” en la interacción con un ambiente pernicioso. De allí la importancia de comparar siempre esos indicadores con una línea base que permita demostrar la existencia o no del cambio señalado. Por tanto, si estas afecciones son producto de ese aprendizaje, se pueden también desaprender. En palabras más sencillas, no es que el venezolano promedio “sea así”, sino que “está así”. Ha aprendido a responder ante un entorno económico y social hostil. Y está evidenciando estas huellas de trauma psicosocial en su conducta. Pero si esto, de nuevo, fue aprendido, también se puede cambiar. Pero eso pasa inevitablemente por cambiar las contingencias políticas de reforzamiento de tales conductas. Además, otros países de la región han pasado por situaciones similares, aunque no iguales en gravedad y extensión, y hoy muestran rasgos psicosociales mucho más positivos y funcionales.

LA NECESARIA PEDAGOGÍA PSICOLÓGICA

Los indicadores psicosociales analizados en este trabajo evidencian que efectivamente ha habido un demostrable cambio en la dinámica psicológica adaptativa de los venezolanos de hoy y en su conducta, y que estos cambios no han podido ocurrir por azar o por evolución natural, sino en respuesta a unas condiciones específicas de su macro entorno.

Al lado de lo anterior, es necesario también señalar que, contrario a lo que algunos piensan sobre la inmutabilidad de la conducta del venezolano, lo cierto es que el principal rasgo de la psicología popular venezolana es su complejidad y la presencia de elementos contradictorios en su seno (Oropeza, 2002). Algunos de esos elementos nos hacen vulnerables a intentos autoritarios de dominio y a la seducción de liderazgos mesiánicos, tales como, por ejemplo, los altos niveles de desconfianza, la tendencia a la dependencia del estado, la frecuente confusión entre igualdad e igualitarismo, la hipertrofia de la democracia como condición en desmedro de la democracia como método, la desproporcionada relación entre derechos y deberes y la prevalencia a la causalidad externa. Sin embargo, otros elementos también presentes e identificados en la cultura política venezolana (tales como un elevado concepto de la libertad, una marcada preocupación por la justicia y la igualdad, la prevalencia de un apoyo difuso a las estrategias consensuales de resolución de conflictos y un altísimo apoyo normativo a la idea de democracia como el mejor sistema posible) funcionan como auténticos escudos psicológicos de defensa ante tales intentos de sumisión (Oropeza 2007).

La primacía de unos o de otros va a depender del tipo de reforzamiento que desde las instancias del poder reciban tanto los elementos psicológicos que pudieran apuntar al desarrollo de relaciones sociales adultas, como los que, de ser adecuadamente estimulados, contribuyan a la aceptación de formas de explotación psicológica y social.

La labor de los psicólogos es ayudar a identificar unos y otros de estos elementos, para poder acompañar –de ocurrir un cambio en las contingencias políticas de reforzamiento, que es una condición necesaria más no suficiente– en un inevitable proceso de pedagogía psicológica, de intervención terapéutica social, para ayudar a revertir estos daños, este trauma psicosocial del cual los indicadores arriba descritos son una evidencia.

Ahora bien, si las condiciones que originan y sostienen el trauma psicosocial son sociales o, en palabras de Martín Baró “la herida que afecta a las personas ha sido producida socialmente” (1990), el daño que producen estos traumas también debe ser analizado e intervenido desde lo social.

Por eso el refuerzo de antidotos de naturaleza psicológica y cultural, para ser realmente efectivos, tienen que estar acompañados necesariamente de otros incentivos de índole externa, ya propios del ámbito de las políticas públicas y de la organización política y social del país. De hecho, es la adecuada combinación de factores de carácter psicosociales y culturales con elementos de tipo estructural e institucional lo que puede conformar auténticas fortalezas de defensa contra intentos de aceptación de modalidades políticas hostiles de dominio y sus consustanciales consecuencias psicológicas en la población.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Agencia de las Naciones Unidas para los refugiados, ACNUR. (2019). *Situación de Venezuela. Informe sobre migración*. (<https://www.acnur.org/situacion-en-venezuela>)
- Aguilar León, L. (2003). *Reflexiones sobre Cuba y su futuro*. Miami: Ediciones Universal.
- Berkowitz, L. (1989). Frustration-aggression hypothesis: Examination and reformulation. *Psychological Bulletin*, 106 (1), 59-73. <https://doi.org/10.1037/0033-2909.106.1.59>
- Bleichmar, S. (2002). *Dolor país*. Buenos Aires: Libros del Zorzal.
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe, CEPAL. (2020). *Informe anual*. (<https://www.cepal.org/es>)

- Dollard, J., Doob, L., Miller, N., Mowerer, O. H. y Sears, R. R. (1939). *Frustration and aggression*. New Haven: Yale University Press.
- España, L. P. (2015). *Desiguales entre iguales*. Caracas: Libros de El Nacional.
- Estevez, A. (2011). *Vulnerabilidad psicosocial: una aproximación conceptual*. III Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.
- Estévez, A, Serrone, S. y Molinaroli, G. (2011). *Vulnerabilidad psicosocial, resiliencia y trauma: Breve revisión conceptual*. 3^{er} Congreso Internacional de Investigación, 15 al 17 de noviembre de 2011, La Plata, Argentina. Disponible en Memoria Académica: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.1548/ev.1548.pdf
- Fukuyama, F. (1995). *Trust*. New York: Free Press.
- Gallup (2019). *Informe 2017-2019 del Gallup World Poll*. Washington, DC (<https://www.gallup.com>)
- Heitzmann, K., Canagarajah, R.S. y Siegel, P.B. (2002). *Criterios para evaluar las fuentes del riesgo y la vulnerabilidad*. Series de Documentos de Discusión sobre la Protección Social. Washington D.C.: Banco Mundial (Disponible en www.worldbank.org/SP)
- Hufschmidt, G. (2011). *A comparative analysis of several vulnerability concepts*. Nat Hazards, 58. <https://doi.org/10.1007/s11069-011-9823-7>
- Inglehart, R. (2018). *Culture Shift in Advanced Industrial Societies*, Princeton: Princeton University Press.
- Lamas, H. y Murrugarra, A. (2011). *Vulnerabilidad psicosocial y resiliencia*. <http://www.ilustrados.com/tema/9308/Vulnerabilidad-psicosocial-resiliencia.html>
- Latinobarómetro. (2015). *La confianza en América Latina*. Informe. Santiago de Chile (<https://www.latinobarometro.org>)
- Latinobarómetro. (2017, 2018). *Informes anuales*. Santiago de Chile (<https://www.latinobarometro.org>)
- Martín Baró, I. (1990). *Psicología social de la guerra. Trauma y terapia*. El Salvador: UCA Editores.
- Martin Baró, I. (2003). *Poder, Ideología y Violencia*. Madrid: Ed. Trotta.
- Observatorio venezolano de violencia (2019). *Informe anual*. Caracas. (<https://observatoriodeviolencia.org.ve/>)
- Organización Mundial de la Salud. (2019). *Suicidio*. <https://bit.ly/37c2rZT>

- Oropeza, A., compilador. (2007). *Radiografía psicológica de la sumisión política*. Caracas: Libros de El Nacional.
- Oropeza, A. (2002). *Significado de la democracia en Venezuela; un estudio psicopolítico de una Representación Social*. Tesis doctoral. Caracas: Universidad Simón Bolívar.
- Páez, G., Trejo, Y., Rondón, K. y Gulfo, N. (2021). Una aproximación al estudio del suicidio en Venezuela. *URVIO, Revista Latinoamericana de Estudios de Seguridad*, 31, pp. 90-108.
- Rey, J.C. (1989). *El futuro de la democracia en Venezuela*. Caracas: IDEA.
- Sawaia, B. B. (2018). Trabalho e sofrimento ético-político. En R. Raichelis, R. D. Vicente, y V. Albuquerque (Comp). *Trabalho e Serviço Social: configurações contemporâneas em tempos de crise*. Sao Paulo: Cortez editora.
- Universidad Simón Bolívar y Universidad del Zulia. (2000). *Encuesta Mundial de Valores, Capítulo Venezuela*. Caracas: Universidad Simón Bolívar, Banco de datos de Opinión Pública.